



DOMUND 2012

Folleto 2

Mensaje del Santo Padre para el Domingo Mundial de las Misiones e Intenciones misioneras del Santo Padre

Mensaje del Santo Padre para el Domingo Mundial de las Misiones

“Llamados a hacer resplandecer la Palabra de verdad” (Porta fidei, n. 6)

Queridos hermanos y hermanas,

La celebración del Domingo Mundial de las Misiones se encarga este año de un significado totalmente particular. El 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, la apertura del Año de la Fe y el Sínodo de los obispos sobre la Nueva Evangelización, contribuyen en reafirmar la voluntad de la Iglesia de comprometerse con más valor y más entusiasmo en la misión *ad gentes*, para que así, el Evangelio pueda llegar hasta los confines de la tierra.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, con la participación de los obispos católicos que provenían de todas partes del mundo, fue un signo luminoso de la universalidad de la Iglesia, acogiendo, por primera vez, a un gran número de padres conciliares procedentes de Asia, de África, de Latinoamérica y de Oceanía. Obispos misioneros y obispos autóctonos, pastores de comunidades dispersas entre poblaciones no cristianas que llevaban en el seno de la Asamblea Conciliar, la imagen de una Iglesia presente sobre todos los continentes y que eran intérpretes de las complejas realidades de lo que entonces se había convenido llamar el “Tercer Mundo”. Ricos de experiencia por ser pastores de Iglesias jóvenes y en vías de formación, animados por la pasión de la difusión del Reino de Dios, ellos contribuyeron de manera remarcable en reafirmar la necesidad y la urgencia de la evangelización *ad gentes* y por lo tanto, llevaron al centro de la eclesiología la naturaleza misionera de la Iglesia.

Eclesiología misionera

Hoy, esta visión no ha desaparecido. Ella incluso, ha experimentado una reflexión teológica y pastoral fecunda, y, al mismo tiempo, se presenta de nuevo con un carácter de urgencia renovado porque el número de los que todavía no conocen a Cristo ha aumentado: “Los hombres que esperan a Cristo aún forman parte de un número incalculable”, afirmó el beato Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris missio* sobre la validez permanente del mandato misionero. Y también agregaba: “No podemos tener la mente tranquila al pensar en los millones de nuestros hermanos y nuestras hermanas, quienes fueron también redimidos por la Sangre de Cristo y que viven en la ignorancia del amor de Dios” (n. 86). Yo también, al convocar el Año de la Fe, he escrito que Cristo “hoy como entonces, nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a



DOMUND 2012

todos los pueblos de la tierra” (*Porta fidei*, n. 7); una proclamación que como también lo indicaba el siervo de Dios, Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, “no es para la Iglesia una contribución facultativa: es el deber que le incumbe, por mandato del Señor, para que los hombres puedan creer y ser salvados. Sí, este mensaje es necesario. Es único. No puede ser reemplazado” (n. 5). Necesitamos pues, encontrar el mismo fervor apostólico de las primeras comunidades cristianas que, siendo pequeñas e indefensas, fueron capaces por medio del anuncio y del testimonio, de difundir el Evangelio en todo el mundo entonces conocido.

Por lo tanto, no hay razón para sorprenderse de que el Concilio Vaticano II y el Magisterio posterior de la Iglesia, insistan especialmente en el mandato misionero que Cristo le confió a sus discípulos y que debe constituir un compromiso de todo el Pueblo de Dios, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos, las religiosas y los laicos. La misión de anunciar el Evangelio sobre toda la tierra pertenece en primer lugar a los obispos quienes son directamente responsables de la evangelización en el mundo, ya sea como miembros del colegio episcopal, o como pastores de las iglesias particulares. De hecho, ellos “fueron consagrados no sólo para una diócesis, pero para la salvación del mundo entero” (*Redemptoris missio*, n. 63), “mensajeros de la fe que llevan nuevos discípulos hacia Cristo” (*Ad gentes*, n. 20) y que hacen “evidentes el espíritu y el ardor misionero del Pueblo de Dios para que toda la diócesis se haga misionera” (*ibíd.*, n. 38).

La prioridad de la evangelización

El mandato de predicar el Evangelio, por lo tanto, no se limita para un pastor, a la atención otorgada hacia la parte del Pueblo de Dios que se le ha confiado a sus cuidados pastorales, ni al envío de algún sacerdote, laico o laica *fidei donum*. Debe implicar todas las actividades de la Iglesia particular, todos sus sectores, en pocas palabras, todo su ser y todo su trabajo. El Concilio Vaticano II lo ha indicado claramente y el Magisterio sucesivo lo ha reiterado con vigor. Esto implica adaptar constantemente estilos de vida, planes pastorales y organizaciones diocesanas a esta dimensión fundamental de la Iglesia, especialmente en nuestro mundo que cambia constantemente. Esto también es válido para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, al igual que con los movimientos eclesiales: todos los componentes del gran mosaico de la Iglesia deben sentirse fuertemente interpelados por el mandato del Señor de predicar el Evangelio, para que Cristo sea proclamado en todas partes. Nosotros los pastores, los religiosos, las religiosas y todos los fieles en Cristo, debemos seguir las huellas del apóstol Pablo, quien, “preso por Cristo Jesús, a causa de ustedes, los de origen pagano.” (Ef 3, 1), ha trabajado, sufrido y luchado para llevar el Evangelio entre los paganos (Col 1, 24-29), sin ahorrar energías, tiempo y medios para dar a conocer el Mensaje de Cristo.

También hoy, la misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales, porque la propia identidad de la Iglesia está constituida por la fe en el misterio de Dios, que se ha revelado en Cristo para traernos la salvación, y por la misión de rendirle homenaje y de anunciarlo al mundo, hasta su regreso. Como Pablo, debemos estar atentos a los que están lejos, los que no conocen todavía a Cristo y que aún no han experimentado la paternidad de Dios, con la conciencia de que “hoy, la



DOMUND 2012

cooperación aumenta tomando nuevas formas que incluyen no sólo la ayuda económica, sino también la participación directa en la evangelización (*Redemptoris missio*, n. 82). La celebración del Año de la Fe y el Sínodo de los obispos sobre la Nueva Evangelización, serán ocasiones propicias para un nuevo impulso de la cooperación misionera, sobre todo en esta segunda dimensión.

La fe y la proclamación

El deseo de anunciar a Cristo nos lleva a leer la Historia para descubrir los problemas, las aspiraciones y las esperanzas de la Humanidad, que Cristo debe limpiar, purificar y llenar de su presencia. En efecto, su mensaje es siempre actual, desciende en el propio corazón de la Historia y es capaz de dar una respuesta a las inquietudes más profundas de cada ser humano. Es por eso que la Iglesia debe ser consciente, en todos sus componentes, de que “los inmensos horizontes de la misión eclesial, la complejidad de la situación actual, requieren hoy nuevas formas para poder comunicar eficazmente la Palabra de Dios” (*Verbum Domini*, n. 97). Esto exige, primero y ante todo, un compromiso renovado en la fe, personal y comunitario, en el Evangelio de Jesucristo, “en un momento de cambio profundo así como el que la humanidad está viviendo” (*Porta fidei*, 8).

En efecto, uno de los obstáculos para el impulso de la evangelización es la crisis de fe, no sólo en el mundo occidental, sino en la mayoría de la Humanidad que, no obstante, tiene hambre y sed de Dios y debe ser invitada y conducida hacia el Pan de Vida y el Agua Viva, así como la Samaritana que llega al pozo de Jacob y conversa con Cristo. Así como lo relata el evangelista Juan, la historia de esta mujer es particularmente significativa (cf. Jn 4, 1-30): ella conoce a Jesús quien le pide de beber, luego, el le habla de una agua nueva, capaz de saciar la sed para siempre. Al principio, la mujer no entiende, más bien, permanece en el nivel material, pero, poco a poco, es conducida por el Señor para que pueda emprender un camino de fe que la lleve a reconocerlo como el Mesías. Con respeto a esto, San Agustín afirma: “después de haber acogido en su corazón a Cristo nuestro Señor, ¿qué tendría que hacer de más [esta mujer] que dejar su cántaro y correr para anunciar la Buena Nueva?” (*In Ioannis Ev.*, 15, 30). El encuentro con Cristo como Persona viva, que colma la sed del corazón, puede solo conducir al deseo de compartir con otros el gozo de esta presencia y de darlo a conocer, para que todos puedan vivir un encuentro con él. Es necesario renovar el entusiasmo de comunicar la fe para promover una nueva evangelización de las comunidades y de los países de antigua tradición cristiana, que están perdiendo la referencia de Dios, de forma que se pueda redescubrir la alegría de creer. La preocupación de evangelizar nunca debe permanecer al margen de la actividad eclesial y de la vida personal del cristiano, sino que ha de caracterizarlas de manera destacada, al estar conscientes de ser destinatarios y, al mismo tiempo, misioneros del Evangelio. El punto central de la proclamación sigue siendo el mismo: el *Kerigma* de Cristo quien murió y resucitó para la salvación del mundo, el *Kerigma* del amor de Dios, que es absoluto y total para cada hombre y para cada mujer. Este *Kerigma* culminó en el envío del Hijo eterno y unigénito, el Señor Jesús, quien no rehusó en compartir la pobreza de nuestra naturaleza humana, amándola y rescatándola del pecado y de la muerte mediante el ofrecimiento de sí mismo en la cruz.



DOMUND 2012

La fe en Dios, en este designio de amor realizado por medio de Cristo, es ante todo un don y un misterio que debemos acoger en el corazón y en la vida, y del cuál debemos estar siempre agradecidos con el Señor. Pero la fe es un don que se nos es dado para ser compartido; es un talento recibido para que dé fruto; es una luz que no debe permanecer escondida, sino que debe iluminar toda la casa. Es el don más importante que nos ha sido dado durante nuestra existencia y que no podemos guardarlo para nosotros mismos.

El anuncio se transforma en caridad

“¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!”, decía el apóstol San Pablo (1 Cor 9, 16). Estas palabras resuenan con fuerza para cada cristiano y para cada comunidad cristiana en todos los continentes. Mismo para las Iglesias ubicadas en los territorios de misión, iglesias en su mayoría jóvenes, frecuentemente de fundación reciente, el carácter misionero se ha convertido en una dimensión natural, incluso cuando ellas mismas aún necesitan misioneros. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas de todas partes del mundo, numerosos laicos y hasta familias enteras dejan sus países, sus comunidades locales y se van a otras iglesias para testimoniar y anunciar el Nombre de Cristo, por medio de quien, la Humanidad encuentra la salvación. Se trata de una expresión de profunda comunión, de un compartir y de una caridad entre las Iglesias, para que cada hombre pueda escuchar o volver a escuchar, el anuncio que sana y, así, acercarse a los Sacramentos, fuente de la verdadera vida.

Junto a este signo eminente de la fe que se transforma en caridad, recuerdo y agradezco a las Obras Misionales Pontificias, quienes son un instrumento de cooperación en la misión universal de la Iglesia en el mundo. Por medio de sus actividades, la proclamación del Evangelio se convierte en una intervención de ayuda al prójimo, de justicia para los más pobres, de posibilidad de instrucción en los pueblos más recónditos, de asistencia médica en lugares remotos, de liberación de la miseria, de rehabilitación de los marginados, de apoyo al desarrollo de los pueblos, de superación de las divisiones étnicas, de respeto por la vida en cada una de sus etapas.

Queridos hermanos y hermanas, invoco la efusión del Espíritu Santo sobre la obra de la evangelización *ad gentes*, y en particular sobre aquellos que trabajan en ella, para que la gracia de Dios la haga caminar más decididamente en la historia del mundo. Con el Beato John Henry Newman, quisiera orar: “Acompaña, oh Señor, a tus misioneros en las tierras por evangelizar; pon palabras justas sobre sus labios, haz que su trabajo dé frutos”. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia y Estrella de la Evangelización, acompañe a todos los misioneros del Evangelio.

BENEDICTUS PP. XVI



DOMUND 2012

Intenciones misioneras del Santo Padre *Octubre 2012 - diciembre 2013*

OCTUBRE 2012: Oremos por el Domingo Mundial de las Misiones

Para que la celebración del Domingo Mundial de las Misiones sea la ocasión de un compromiso renovado de evangelización.

NOVIEMBRE 2012: Oremos por la Iglesia universal

Para que la Iglesia peregrina en la tierra, resplandezca como luz de las naciones.

DICIEMBRE 2012: Oremos por la Humanidad

Para que Cristo se manifieste a toda la Humanidad por medio de la luz que proviene de Belén y que se refleja sobre el rostro de su Iglesia.

Año 2013

ENERO 2013: Oremos por las comunidades cristianas del Medio Oriente

Para que las comunidades cristianas del Medio Oriente reciban por medio del Espíritu Santo, la fuerza de la fidelidad y la perseverancia, especialmente cuando son discriminadas.

FEBRERO 2013: Oremos por la Paz

Para que aquellos que sufren a causa de las guerras y los conflictos sean los protagonistas de un futuro de paz.

MARZO 2013: Oremos por el clero

Para que los obispos, los sacerdotes y los diáconos anuncien el evangelio sin cesar en los confines de la tierra.

ABRIL 2013: Oremos por la misión de las Iglesias particulares

Para que las Iglesias particulares en los territorios de misión sean signos e instrumentos de esperanza y resurrección.

MAYO 2013: Oremos por los seminaristas

Para que los seminarios, especialmente aquellos de las Iglesias misioneras, formen pastores según el corazón de Cristo, consagrados completamente al anuncio del evangelio.

JUNIO 2013: Oremos por las comunidades cristianas

Para que donde la influencia de la secularización es más fuerte, las comunidades cristianas sepan promover de manera eficaz, una nueva evangelización.



DOMUND 2012

JULIO 2013: Oremos por el continente Asiático

Para que, en todo el continente Asiático, las puertas estén siempre abiertas para los mensajeros del evangelio.

AGOSTO 2013: Oremos por las Iglesias locales africanas

Para que las Iglesias particulares del continente Africano, fieles al anuncio del evangelio, promuevan la construcción de la paz y de la justicia.

SEPTIEMBRE 2013: Oremos por los cristianos que son perseguidos

Para que los cristianos que son perseguidos puedan ser testigos del amor de Cristo.

OCTUBRE 2013: Oremos por el Domingo Mundial de las Misiones

Para que la celebración del Domingo Mundial de las Misiones, haga que todos los cristianos sean conscientes que no solo son receptores pero también anunciadores de la palabra de Dios.

NOVIEMBRE 2013: Oremos por la Misión continental

Para que las Iglesias de America latina envíen misioneros hacia otras Iglesias como fruto de la misión continental.

DICIEMBRE 2013: Oremos por los testimonios de los cristianos durante la navidad

Para que los cristianos, iluminados por medio del Verbo encarnado, preparen la Humanidad para la venida del Salvador.